2. “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23. 39-43)

Queremos estar contigo, Señor… Si Tú nos dejas…

Conmueve ver hoy a Jesús sentenciado en la cruz y acompañado por dos ladrones; y verle dándose hasta el extremo por nosotros, por ti y por mí. Contemplar su donación total, su generosa entrega sin condiciones y sin límites para amar y perdonar, para unir y salvar. La promesa de esperanza dada al ladrón arrepentido.

Recuerdo que cuando era niño, (aun creo que hoy sigo con la misma mirada de asombro de aquel niño) con apenas cinco años y por Semana Santa, acompañaba a mis abuelos a todas las procesiones del pueblo pero antes visitábamos la Iglesia, capilla por capilla, Santo por Santo hasta llegar a donde estaba Jesús en la cruz. La escena me estremecía, me conmovía y hasta me producía, lo reconozco ahora un poco de miedo y de dolor. No comprendía bien.

Mi abuela siempre con devoción y adoración se acercaba de rodillas ante la cruz, la besaba y con una oración de Padre Nuestro en sus labios oraba con mucho recogimiento. Después acercándose me decía en voz baja, con brillo en sus ojos y con alguna lagrimilla por la emoción del encuentro: “El dio su vida por nosotros. Él siempre está y estará contigo Tomasito, nunca lo olvides”.

En aquel momento no comprendía bien el verdadero significado de sus sabias y profundas palabras de fe. Palabras que años después sigo conservando en mi corazón y me siguen acompañando como religioso mercedario, sacerdote y misionero (desde hace más de trece años en República Dominicana, el Paraíso en el Caribe).

Un país con hermosas playas de arenas blancas, sus paisajes naturales, sus palmas de coco, su Merengue, su bonita, hospitalaria y alegre gente de fe viva y de gran corazón. **Un verdadero paraíso “Marca país” que la corrupción, la desigualdad social y la pandemia del coronavirus lo aleja del Paraíso prometido por Jesús.**

Contemplar nuestra realidad de hoy tan dividida por la codicia de quienes buscan fáciles ganancias, herida por el egoísmo que amenaza la vida humana y la familia; el egoísmo que continúa provocando desigualdad, injusticia entre nosotros: en la trata de personas, trabajo infantil, matrimonio infantil, el machismo y la violencia intrafamiliar, el tráfico de dogas, la sobreexplotación de los recursos naturales nos hace reflexionar sobre la manera de relacionarnos y encontrarnos entre nosotros. Nos acerca al misterio de la cruz, a un Dios sufriente que siente miedo y angustia.

Este misterio nos habla hoy al corazón, porque en este último año son muchas las soledades, distanciamiento que hemos tenido que afrontar y debemos seguir afrontando, mucho el dolor y sufrimiento que no comprendemos, mucha la angustia y la incertidumbre de no saber qué va a pasar. En los que han perdido a un familiar o un ser querido y en los que se han quedado sin empleo.

Pero también nos abre a la esperanza de no sabernos abandonados de Dios. A creer, que ese amor como al ladrón arrepentido no le abandonaría ya, pasara lo que pasara.

De caer una vez más en la cuenta de q**ue somos seres sociales y necesitamos de otros, y no solo para tener lo básico para sobrevivir, sino para dar identidad, amor y sentido a nuestra propia existencia. De que la vida vale en la medida en que se entrega a los demás… Nos recuerda el Papa Francisco: “Así simplemente «como hizo Jesús»: no sólo viendo sino mirando, no sólo oyendo sino escuchando, no sólo cruzándonos con las personas sino parándonos con ellas, no sólo diciendo «¡Qué pena! ¡Pobre gente!» sino dejándonos llevar por la compasión; «para después acercarse, tocar y decir: “no llores” y dar al menos una gota de vida".**

En la Cruz de Jesús está todo el amor de Dios, su inmensa misericordia. Es un amor del que podemos fiarnos, creer. Ha transformado la Cruz de ser odio, sufrimiento y derrota en un signo de amor, de esperanza y de vida. Comparte nuestro camino hasta el final. Lo sentimos cercano. No hay en nuestra vida cruz, por pequeña o grande que sea, que Jesús no comparta con nosotros y nos invita a dejarnos contagiar por este amor que nos enseña a mirar siempre al otro con misericordia y amor, sobre todo al que sufre, a quien tiene necesidad de ayuda, a quien espera una palabra o gesto especialmente allí donde hay más sufrimiento, en los niños de la calle, en los hospitales, en las cárceles.

Jesús en la Cruz siente todo el peso del mal y con la fuerza del amor de Dios lo vence con la Resurrección. La cruz de Jesús abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza. Jesús con la cruz recorre nuestras calles, carga con nuestros miedos, sufrimientos y problemas. Se une al silencio de los que no tienen o no se les da voz, sobre todo los inocentes e indefensos, los niños en situación de calle, las familias que se encuentran en dificultad por la escasez de alimentos y de salud… Él acoge a todos con los brazos abiertos, carga sobre su espalda nuestras cruces y nos dice: “Ánimo! No llevas solo tu cruz. Yo la llevo contigo y yo he vencido a la muerte y he venido a darte esperanza, a darte vida (Jn 3, 16).

Él está siempre a nuestro lado, no nos deja nunca solos. Nuestros familiares y amigos que han muerto (algunos de ellos en el último año por el covid) se reunirán un día con nosotros en el lugar que Dios nos tiene preparado. En Jesús encontraremos siempre un corazón abierto que nos perdona, que nos comprende, nos ama y nos pide amar, contagiar, llevar ese mismo amor a cada hermano. Él da siempre el primer paso. Jesús vivió las realidades cotidianas de la gente más sencilla, se conmueve, llora ante el sufrimiento, sufre.

Salir de nosotros mismos para ir al encuentro de los de los demás y tenderles la mano. Ir hacia las periferias de la existencia, movernos nosotros en primer lugar, sobre todo aquellos más lejanos, aquellos que son olvidados, que tienen más necesidad de comprensión, de consolación de ayuda. Llevar la presencia viva de Jesús misericordioso y rico de amor. Vivir la fe involucrándonos, arriesgándonos y ensuciándonos las manos en la vida diaria, en la lucha de creer y construir un mundo mejor para todos donde todos vivan dignamente no sobrevivan: “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades” (Papa Francisco) Son muchos los rostros que hoy necesitan de nosotros para ser acompañados.

Y un día, como el ladrón arrepentido, veremos que todo esto es cierto. Un día estaremos con Jesús en el paraíso.

Tomás García O de M.

2 de Abril de 2021